

algar  CALZACIÓN
CALCETÍN

María
Menéndez-
Ponte

Ilustraciones
Idoia
Iribertegui

Mi asperger y yo





1

¡No quiero ir al colegio!

¡No pienso volver al colegio! Los niños me llaman subnormal porque no comprenden a mi asperger, y no quieren ser mis amigos. Mi asperger no es un perro ni ninguna otra mascota. Vive en mi cerebro desde que nací, y para mí es muy normal, porque he vivido siempre con él. No entiendo que me llamen subnormal. Lo que es normal para ellos no lo es para mí. Y lo que es normal para mí no lo es para ellos, eso es todo. Tampoco es una enfermedad. Una enfermedad es la gripe, la varicela o el sarampión, no mi asperger.

A mi asperger le gusta la rutina. Lo primero que hago siempre al volver del colegio es entrar en mi

cuarto, dejar la mochila en la mesa, sacar todos los libros y colocarlos en una pila por tamaños, como si fuera una pirámide egipcia. Adoro a los egipcios, sé montones de cosas sobre ellos. Pero hoy no puedo hacer la pirámide porque he descubierto algo que me altera mucho, y me pongo a gritar:

—¡Me falta una piedra! ¿Quién ha cogido mi piedra? ¡Me falta una piedra! ¿Quién ha cogido mi piedra? ¡Me falta una piedra! ¿Quién ha cogido mi piedra?

Grito y me doy cabezazos contra la pared. Lo hago siempre que algo me altera, es por culpa de mi asperger. Mi madre acude corriendo.

—Cálmate, Daniel. Estará por aquí, se le habrá caído a la asistente, vamos a buscarla.

—¡Me falta una piedra! ¿Quién ha cogido mi piedra? ¡Me falta una piedra! ¿Quién ha cogido mi piedra? —repito machaconamente.

Mi madre trata de tranquilizarme, pero yo no puedo parar de dar cabezazos. Necesito mi piedra urgentemente. Mi hermano se mete debajo de la cama y vuelve a salir con ella en la mano.

—Está aquí, se había caído.

Menos mal que tengo a mi hermano. Casi siempre encuentra todo, podría ser un buen detective.

Cojo la piedra y la pongo en su sitio. Eso me tranquiliza. Colecciono piedras. Las tengo coloca-



das en la estantería de un modo determinado, solo pueden estar así, y si alguien las cambia, me pongo nervioso. Yo sé cómo tienen que estar, no vale de cualquier manera.

Por fin puedo hacer la pirámide. Ahora mi cuarto se parece a Egipto. Bueno, le falta el Nilo. Una vez intenté hacer una presa y provoqué una inundación. Mi madre se enfadó mucho. Dice que a mi asperger se le ocurren ideas muy peregrinas. Pero no sé por qué las llama así, porque no peregrinan a ningún lado, están siempre dentro de mi cabeza. A menudo hago cosas que la hacen enfadar, pero también la hago reír bastante. Me gusta cuando se ríe...

Ha sonado el timbre. Nuestro timbre está afónico. Pero mi madre no quiere arreglarlo hasta que no se quede mudo del todo porque este año se han estropeado la lavadora, el horno y una cisterna, y nos ha costado un dineral repararlos.

En cuanto oigo ese sonido estrangulado, salgo disparado. Estoy seguro de que es mi madrina. Es la mejor madrina del mundo. Es grande y blanda como una almohada de plumas, y sus abrazos son mullidos y huelen a jazmín. A mí no me gustan los abrazos en general. No quiero que nadie me los dé, excepto mi madre y ella.

Y tampoco me gustan los besos que te llenan la cara de babas. La gente no es consciente de la

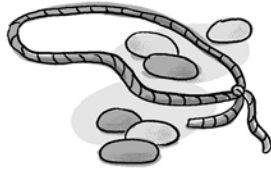
cantidad de bacterias que te pasan. ¡Y eso que se supone que son normales!

Estoy convencido de que es mi madrina y no el cartero o el repartidor de folletos comerciales...

Yo me guío por presagios, como los egipcios, y siempre acierto. Los presagios son más fiables que los deseos. Estos casi nunca se cumplen.

Si se cumplieran, yo desearía que todo el año fuera Semana Santa, porque es mi época preferida, me chiflan los pasos y las procesiones. También desearía que me regalaran el móvil más inteligente del mercado. Aunque lo que más desearía es que los niños de mi clase dejaran de meterse conmigo, sin embargo, eso no ocurre.

Mi madre está convencida de que acabarán entendiéndome, pero eso es porque no los conoce.



2

Una lógica aplastante

Abro la puerta y... ¡Tachán, es mi madrina! Soy adivino, los presagios no fallan.

–Hola, madrina. ¿Qué me has traído?

–Daniel, te he dicho mil veces que eso no se pregunta –me regaña mi madre, que ha venido detrás de mí.

–Mil no, mamá, han sido cinco, no sabes contar. Además, si no pregunto, ¿cómo voy a saber si me ha traído algo?

–Este chiquillo es de una lógica aplastante –dice mi madrina.

–¿Cómo te puede aplastar la lógica? –le pregunto.

Eso es imposible. La lógica no te puede aplastar porque es algo que no pesa, pertenece al pensamiento. Y si no pesa, no te puede aplastar. Si te cae una piedra de las pirámides encima, sí te aplasta.

–Ya sabes que le cuesta entender el lenguaje figurado –le recuerda mi madre.

El lenguaje figurado son las cosas absurdas que dicen los que se supone que son normales.

–Una lógica aplastante quiere decir que es algo tremendamente lógico –me explica mi madre–. Y preguntar por un regalo es como exigirlo, es de mala educación. Tienes que esperar a que la otra persona te lo dé.

–¿Y si se le olvida?

Mi madrina se empieza a reír. Todo lo que yo digo le hace gracia, no como a mis compañeros, que siempre se enfadan por las cosas que digo. Y no entiendo por qué, porque no las digo para molestarlos.

–Mira, te he traído un libro sobre Egipto –lo saca del bolso.

Mi madrina conoce bien mis gustos y siempre acierta con los regalos.

Nos sentamos los dos en el sofá y le explico las ilustraciones que aparecen en el libro. Ella sabe apreciar mis conocimientos, no como mi profesora, que quiere que aprenda cosas que no me interesan nada.

—¿Ves estos símbolos, madrina? Es la escritura jeroglífica. No sé por qué ha desaparecido, porque se entendía muy bien, es mucho mejor que nuestro alfabeto. Mira, y esta es la piedra Rosetta, que tiene escritura demótica y no hay quien la entienda. Pero es una piedra muy chula, me gustaría tenerla en mi colección, la pondría en un lugar especial.

—Este niño es una perla en bruto —dice mi madrina.

—Y tú eres tonta.

Me enfado con ella por lo que ha dicho. Las perlas están en los collares o los pendientes y yo no soy ningún bruto. Bruto es Fabián, que me da tobos en las orejas con mucha fuerza, y encima se ríe cuando no tiene ni pizca de gracia.

Como estoy disgustado, me pongo a darle vueltas a mi cuerda muy rápido. La cuerda es como mi amuleto y la tengo que tener siempre en la mano. Si alguien me la quita, me altero mucho.

—Una perla en bruto es la que no está pulida, y es un gran tesoro. Tú eres un tesoro —me explica mi madrina.

Ahora sí lo entiendo: mis piedras son mi tesoro y yo soy el tesoro de mi madrina. Algunas tardes viene a verme y me ayuda con los deberes mientras mi madre trabaja en su ordenador. Es comercial de una editorial y siempre tiene un montón de trabajo.

Cuando mi madrina se marcha, yo me voy a mi planeta, es mi refugio. En él viven unos animales mágicos que solo puedo ver yo; bueno, y mi asperger. Juntos vivimos grandes aventuras, nunca me aburro con ellos. En el recreo jugamos juntos todo el rato, y a mis compañeros les da rabia ver que me lo paso tan bien, que no los necesito, por eso me dan tobas en las orejas. Y por eso no quiero volver al cole.